

de nueve meses de edad. Le ofreció que se devolviera a Colombia y se lo cuidara, pues era la única persona en quien confiaba.

Para Inés esa fue la mejor propuesta del mundo. Aceptó de inmediato y se vino para Colombia. Primero llegó a Bogotá por Camilo, el hijo de July, luego se fue para Cali a ver a su hijo. En ese entonces, Carlitos tenía 21 años y estaba trabajando y estudiando; cuando Carlos se dio cuenta que su madre era prostituta decidió no juzgarla, pero tampoco recibirle más dinero. Igual, ella se lo mandaba pero quienes lo gastaban era Rosalba y Beto. Carlos estaba terminando su carrera universitaria, mientras su padre se encontraba postrado en una cama. Beto tuvo varios derrames: con el primero no pudo volver a caminar; con el segundo no pudo volver a hablar, luego se fue deteriorando hasta que murió.

Hoy en día Inés vive con Carlos, Camilo y sus nietos. Rosalba vivió muchos años con ella, hasta que decidió irse para Florida donde su otro hijo. Sus hermanitos se casaron y tuvieron hijos. Inés tiene una familia muy grande y bonita, todos la aceptaron sin plata e inició a toda su familia en el Reyki. Lee mucho sobre Reyki, yoga. Le gusta Chopra, Cohelo y el Canal Infinito.

-Soy feliz, Camilo es mi vida, es mi otro hijo. Ya tiene ocho años y lo amo igual como amo a Carlos. Lo único que me duele es que July, su madre, está cometiendo los mismos errores que yo cometí.

Junio de 2003

Apostillas

Harold Kremer 1

Hace algunos años, intentando encontrar un acertado camino que me permitiera cautivar para la lectura y escritura a los estudiantes de un colegio de Cali, llegué por azar a la crónica. El cuento, varias veces contado, partió de una pregunta que me había planteado tiempo atrás, y que quiero repetir ahora: ¿cómo seducir para la literatura a un grupo de estudiantes bombardeados por la mediocridad e inmediatez de los medios audiovisuales, por la carencia de tradición familiar en la lectura, por teorías que eliminan el texto literario y por relatos alejados de su propia realidad?

La respuesta empezó con el cuento y, sobre todo, el minicuento. La brevedad permitía el que un texto pudiera leerse y analizarse en una sesión. Y después de levantar la historia y observar el tratamiento en el relato se recurría a un ejercicio que involucraba las posibles historias "reales", conocidas o vivenciadas por ellos, similares o parecidas a la del relato leído.

Descubrí que un texto, además de la verosimilitud de su propio universo narrativo, era mucha más creíble para los estudiantes si se asemejaba en algo al mundo vivido por ellos. Y esta segunda verosimilitud, tan ajena y cercana a un relato literario, era la que los atraía a la lectura y a la iniciativa de crear sus propias narraciones, de producir textos en donde todo lo que se cuenta sucedió en la vida real y es

1. Harold Kremer, Buga (Valle). Docente de la Universidad Icesi y de la Universidad del Valle. Publicó en 1985 el libro *La noche más larga* (cuentos). Ha ganado varios concursos nacionales de cuento. En 1989 apareció su libro *Rumor de mar* (Cuentos). Ha publicado algunas antologías de cuento, entre ellas la *Antología del cuento vallecaucano* (1996), *Colección de cuentos colombianos* (2002) y *Los minicuentos de Ekúreo* (2003). En el año 2004 publicó los libros *El Enano más fuerte del mundo* (cuentos) y *El combate* (minicuentos). En el año 2005 apareció su libro *El prisionero de papá*. Cuentos suyos han sido publicados en vanas antologías en Colombia, Alemania, México, EEUU, Argentina y España.

verdad de principio a fin. De esta manera llegamos a la crónica, a la lectura de crónicas y, posteriormente, a la posibilidad de escribirlas.

Una crónica es un relato, igual que una narración literaria. La diferencia entre una y otra es que, en la primera, la historia es levantada a partir de acontecimientos reales y en la segunda, la historia es inventada. Pero desde el punto de vista de la narración tienen los mismos componentes: el nivel del relato y el nivel de la historia. La crónica utiliza recursos técnicos de la literatura para desplegar con eficacia narrativa el cómo contar una historia. El proceso de investigación es lo que los diferencia y, de alguna forma, señala sus límites, porque un cronista o periodista literario debe partir necesariamente de la historia y no puede construir el relato e ir componiendo la historia, por la sencilla razón de que si no hay historia no es posible construir la crónica. Cualquier otro proceso implica traspasar la frontera y entrar en el mundo de la ficción. Por esa razón es tan importante en la crónica la recolección de datos que implica un largo proceso de preparación e identificación de una historia. Para ello se debe realizar un trabajo de campo, lo que Norman Sims llama la inmersión, que requiere de entrevistas, la indagación del entorno, la observación de hábitos, lecturas y todos los recursos posibles de aquello que permita el levantamiento de la historia. Este proceso es un trabajo arduo en el que el cronista busca construir escrupulosamente los hechos.

Luego viene el asunto de la escritura.

Un cronista dispone de un material en bruto que luego, igual que un escritor de ficción, organiza en el nivel del relato. Y es en este nivel donde despliega recursos narrativos tomados de la literatura. La idea es escribir crónicas como si fueran relatos, que puedan leerse, como lo señala Tom Wolfe, como cuentos.

Cuando le propongo, hace varios años, a la Universidad Icesi, la creación de un taller de Crónica, adscrito al Departamento Humanidades de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, la primera idea fue la de seducir a los estudiantes con las historias "reales" provenientes de su entorno. La segunda era la de investigar y estudiar, desde la literatura y la crónica misma, algunas técnicas que permitieran el paso de esas historias a la escritura. La tercera, quizá la más difícil, dado que los estudiantes asistentes al curso, provienen de Ingeniería, Administración, Economía y otras carreras afines, era la escritura misma.

¿Cómo lograr que un grupo de estudiantes, ajenos a la literatura y al periodismo literario, escribieran estas historias?

El taller de crónica debe tener la misma dinámica de un taller de escritura creativa. En primer lugar se deben leer crónicas, así como para escribir ficción se debe leer literatura. El tallerista debe aprender a leer el nivel del relato (cómo se contó la historia) y no quedarse en la simple anécdota o historia. En un taller de crónica se debe leer literatura, pues recordemos que los cronistas toman sus técnicas para producir textos con una "simbología moderna". Esas técnicas básicamente son los cuatro principios planteados por el periodista norteamericano Tom Wolfe, y aceptadas por casi todos los escritores de crónica y que son los siguientes:

1. El diálogo
2. Escena por escena
3. Punto de vista en tercera persona
4. Relación de hábitos

Además de estos cuatro principios se estudiaron y analizaron, en textos literarios o en crónicas, otras técnicas de escritura como la primera y tercera persona, el monólogo interior, el asunto o tema, el narrador invisible, el uso del adjetivo, los elementos explícitos e implícitos, los núcleos narrativos, el dato escondido, la polifonía y otros que le permitieron al tallerista reflexionar sobre el proceso de escritura.

En el taller de crónica de la Universidad Icesi trabajamos desde el principio con la idea de apropiarnos de un lenguaje que nos permitiera asumir la escritura. Ese proceso, además de la lectura, implicó escritura, discusión y la resolución de problemas que iban desde la entrevista al personaje hasta las decisiones narrativas tomadas en el nivel del relato. La capitalización del fracaso a través de discusiones en grupo que permitieron el análisis y la búsqueda de soluciones posibles fueron de gran importancia en la construcción de los textos. En esa medida las crónicas del presente libro, y otras no incluidas en él, vivieron diferentes procesos de escritura y fueron consultadas y reescritas más de cinco veces por los estudiantes. Sin embargo, somos conscientes de que el tiempo empleado para el levantamiento

de la historia, para el trabajo de campo e, incluso, para la escritura misma, fue demasiado corto.

Esto, unido a la inexperiencia y a las restricciones propias de los estudiantes, comprometidos con otras materias en sus respectivas carreras, limitaron considerablemente los trabajos presentados. Pero la idea de salir a la calle, a la ciudad, a escuchar a la gente, a observarla en su entorno, a investigar por fuera del aula, a reflexionar desde la escritura sobre nuestra realidad, nos permitió acercarnos un poco a la compleja sociedad actual.

Todo este trabajo responde, de alguna forma, al aprendizaje activo que se aplica en la Universidad Icesi. Allí radica, quizá, el que los estudiantes sean capaces de proyectarse en otras disciplinas, no muy afines a sus propios programas de estudios, pero de gran importancia para su formación humana.

Por último quiero señalar que nunca he escrito una crónica. Mi pasión por este género se debe al hondo entretejido que tiene con la literatura, a corrientes como "el realismo sucio" y al minimalismo norteamericanos que se alimentaron de ella. La crónica, de alguna forma, le devolvió a la literatura técnicas más depuradas, más audaces y pulcras en los dos niveles del relato. La crónica tiene unas reglas, una metodología, que le permite a la creación literaria reflexiones sobre la cultura, la verdad, la historia de nuestro país e, incluso, la tradición literaria misma. De ahí, entonces, que mi verdadera pasión, la ficción, esté tan emparentada con la crónica.